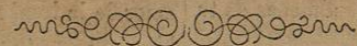


J. R. NAVARRO, Editor.

# YOLANDA.



(Histórico.)

## SIGLO XII.

**R**ICARDO *Corazon de Leon*, conde de Poetú, caminaba silenciosamente por una larga avenida escasamente alumbrada por un cielo cargado y brumoso. Acompañaba al joven príncipe su fiel paje, mozuelo que con él cultivaba la poesía y á quien apellidaban generalmente *Blondió ó Blondel*, á causa del color rubio de sus cabellos, pero cuyo nombre patronímico ó de familia era Eduardo.

Ibase haciendo noche: no obstante, era tan profunda la divagacion de Ricardo, que no advertia que iba oscureciendo por momentos. La época era aquella parte del año en que son largas las tardes: noviembre habia cubierto á naturaleza con su pardo manto.

A poco, hirió de pronto los ojos de Ricardo y su escudero una luz brillante, la cual medio tapada por los recovecos del terreno, no habia podido descubrirse antes.

—Si no me engaño, dijo el joven paje, hay allá, mi real señor, un castillejo digno de hospedar á un príncipe como vos; pero su acceso es difícil y molidos de cansancio como estamos, no me parece que podamos cabalgar hasta arriba de esta vereda tortuosa.

—¡Voto á briós! prorumpió con viveza el príncipe, hemos de llegar, ¡pesia tal!

Y metiéndole las espuelas á su cabalgadura, abalanzase por entreabrojos, guijos, fango y todo, y llega aunque á duras penas, á un terraplen elevado, ocupado en gran parte por una fábrica enorme de forma cuadrangular.

—¡Alto, hijo! dijo Ricardo á Eduardo; entremos en cuentas. Antes de pedir posada en ese castillo, que mio es, ¡oyes, Eduardo? pues todavía nos encontramos en tierras del Poetú, es menester cambiar de nombre. Acuérdate bien de lo que te digo: ya no soy Ricardo; ahora me llamo Edgardo de Westburry. Con que, ahí dentro de ese lóbrego alcázar, nada de las atenciones que un soberano requiere, sino solo la obediencia que se debe á un amo. Basta con esto.

—Vuestra majestad, pues lo que es para mí ya sois el potente rey de Inglaterra... monseñor será obedecido.

A esto Ricardo hace retumbar tres veces la tronpetilla de cuerno que colgada de su talabarte llevaba.

A este reclamo, aparécense varias teas en la plataforma y á poco una voz fuerte, dirigiéndose á los forasteros:

—Quienquiera que seais, díceles, no podeis á la hora que es ser introducidos en el castel del baron de Blosac.

—Oye, mal vasallo; sábetete que nosotros somos de tierra de Inglaterra y súbditos fieles de Ricardo Corazon de Leon; y si luego luego no mandas calar el puente, este noble príncipe mandará *forcarte* á tí y á todos los tuyos á las almenas de tu fortaleza.

—Y tú, sábetete tambien, orgulloso caballero, que si me avengo á franquearte las puertas de este alcázar, es tan solo por respeto al nombre y á la autoridad que acabas de traer en tú boca y á que por nuestra negra estrella estamos todavía sujetos; pero ya que te háyamos albergado, sabremos obligarte á bajar de tono.

—¡Vamos, guardias! que calen el puente. Luego que fué ejecutada esta órden, los dos cabalgantes se zamparon en el castillejo, y después de haber fiado sus cabalgaduras al cuidado de los palafreneros, suben la polvosa escalera de la torrecilla, é introdúcese en una vasta sala calentada por un brasero colocado en el hogar de una cómoda chimenea gótica.

—¡Por la lengua de Francia, señores! dijo un guerrero de colosal estatura, que estaba atizand la llama del hogar con la punta de una lanza, muy gordo hablábades enantes, y á no ser por el homenaje que debemos al conde Ricardo, bien á nuestro pesar á fe, no hubiérades entrado aquí tan llanamente, magter hubiésemos faltado á los deberes de la hospitalidad.

—¡Quieres callarte. Goliat de mala casta! dijo Ricardo encolerizado, agarrando al gigante por el tabali; ¡quieres callarte!

Pero el tal hombrazo, con sonrisa de lástima deja caer su mano sobre la de Ricardo, obligándole así al punto á soltarle.

En momento tan crítico, el príncipe inglés, corrido de ceder al tosco apretón de

su formidable contrario, estuvo á pique de descubrirse; mas una mirada del jóven Eduardo le contuvo, después de haber hecho pedazos con un movimiento convulsivo el brazo de la silla en que estaba.

Entre tanto, íbase llenando la sala de guerreros que alternativamente llegaban á calentar sus entumecidos miembros al amor de la lumbre; pues varios de ellos habian compuesto parte de una ronda nocturna y llevaban poco tiempo de haber regresado al castillo.

—Con que, compadre Santiago, dijo el guerrero que poco antes habia supeditado la violencia del príncipe inglés, ¿qué tenemos de nuevo?

—Nada muy particular; maese. Unos caballeros de lengua de Francia que habemos percibido en el llano, y que se han desaparecido al punto: pero un pastor de que hemos tomado lengua nós ha causado cuidado, pues cuenta que ayer á la caida de la tarde vió un cuerpo considerable de caballería marchando á orillas del bosque grande y le pareció ser de las armas del rey Felipe de Francia.

A estas palabras, Ricardo hace involuntariamente un ademan en virtud del cual, viene á descansar sobre la mesa una copa de vino generoso que le habian servido y que iba á llevar á los labios. . . .

—¿Por dónde queda la parte del bosque grande donde se han visto esos ginetes? preguntó al viejo soldado.

—Señor extranjero. . .

Al tiempo que Santiago, el guerrero barbicano, iba á entrar en explicaciones con el príncipe, dejóse oír el sonido de un laúd.

Era aquello una armonía que no parecía sino venir del cielo. Tras un floreó, por via de preludeo, de una limpieza notable, una voz verdaderamente angélica se levantó, sobresaliendo á los ecos del ins-

trumento, y metiendo hasta el alma el metal delicioso de sus vibraciones.

Sorprendido el príncipe se levanta, y cayéndosele por el pronto de la memoria los cuidados de su política:

—¡Qué escucho! exclama; ¿de dónde vienen esos cantos?

—Señor, contesta Santiago, nuestra amable castellana que se halla solitaria aquí con solo sus damas, desde hace algun tiempo, se complace en cantar nuestras viejas cantigas para divertir el tedio de la ausencia de su esposo, nuestro digno señor.

—¡Quiero verla! ¡quiero verla! repone Ricardo con impetuosidad manifiesta, olvidándose otra vez del disimulo que se habia propuesto observar y que con tanto empeño habia encargado á su paje. . . . . ¡Quiero ver á esa mujer!

—¡Así fuédeses vos el mismo Ricardo Corazon de Leon en cuerpo y ánima, no por eso la viérades! dijo el gigante.

El que de esta suerte hablaba era Rodolfo, capitán del castillo, que hacia veces del señor y que tenia muy particularmente á su cuidado el que la jóven castellana fuese respetada de todas las personas que recibian hospitalidad en el viejo alcázar.

—¿Y por qué? preguntó impaciente el príncipe.

—Porque esa es la órden que tengo.

Ricardo, que á pesar de sus fogosas pasiones tenia con frecuencia impulsos generosos, no pudo menos de admirar la entereza de Rodolfo; de suerte, que metiéndose la cabeza entre sus manos apoyadas sobre el pomo de su espada, se quedó como absorto en una profunda meditacion.

Yolanda de Gurdon, baronesa de Blosac (este era el nombre de la jóven castellana), era en efecto digna de llevarse las atenciones hasta de un monarca; pues ha-

bíala dotado el cielo de aquel género de hermosura tan atractivo como tan soberbio, que si bien abunda en las imaginations de los poetas, escasea realmente en la esfera de las realidades. Yolanda, en suma, era peligrosa en su hermosura. Sin embargo, como que habia sido criada en el seno de su familia, sin otra sociedad que la de los vasallos de sus abuelos, hallábase completamente ignorante del dominio que podia ejercer en los corazones; la sencillez de sus gustos, de sus costumbres y hábitos la hacian huir el fausto, con el mismo anhelo que otras mujeres le solicitan, y en medio de su candor, teníase por dichosa con el trato íntimo de las jóvenes de su edad, quienes cantaban con ella las viejas cantigas y las proezas de los paladines.

Habia recibido Yolanda por esposo al baron de Blosac, á quien solo profesaba un cariño respetuoso: veíale de buen corazon, amable tambien quizá; mas no albergando pasion en su alma, si bien es verdad que se le oprimió el corazon cuando su esposo por visitar la tierra santa se ausentó del castillo, antes obró esto en ella el pensamiento de que iba á carecer por algun tiempo de su protector, que no un sentimiento de ternura hacía él.

Las proezas de Ricardo con frecuencia habian llegado á sus oídos, y aunque relatadas de manera que poco favor hacian al príncipe, jamás habia la jóven prestado crédito, entre lo que de él se decia, sino á aquello que era propio para recrear su imaginacion de ella.

Lo cierto es que Ricardo, arrebatado, violento y aun brutal, valiente pero pagado de su valentía, de costumbres disolutas; Ricardo, tal cual era, le merecia á ella el concepto de príncipe magnánimo, de héroe en la carrera de Marte no menos que en la de Cupido: parecíale superior á

los demás hombres, no tanto por su jerarquía como por lo señalado de sus conquistas; pues las mujeres, con el debido respeto sea dicho, son por lo comun poco rigorosas para con esta ralea de forajidos audaces.

Volviendo á nuestra historia, pasábase la noche, y Ricardo por mas que hizo por divertir el sueño, tuvo al cabo que ceder á él...

La sala de armas no recibia ya luz, fuera de la muy escasa que daba la lumbrera que á punto estaba de apagarse. Los guerreros, armados de piés á cabeza, arrebujados en sus capas, yacian á corto trecho unos de otros, tendidos sobre las baldosas; no habiendo allí despiertos mas que dos soldados, los cuales entretenian el tiempo platicando con el capitán.

Ricardo, hombre de genio belicoso, acostumbrado á la vida de los campos, habia rehusado el lecho que le habian brindado, y descansaba apaciblemente en el sillón gótico en que se habia sentado: á sus piés habíase acurrucado su paje, y entreañando de cuando en cuando un ojo, parecia velar á su amo.

—¡A caballo, señores forasteros! ¡a caballo! exclama Rodolfo. Ya está el sol dorando las puntas de las cuevas cercanas ¡y todavía estais durmiendo! Habreis hecho ayer una buena caminata, pues que á la hora esta aun no estais en pié! ¡Oh! en mis tiempos eran mas lozanos los caballeros; ¡ah, sí! por mas que se diga, los hombres bastardean: dígalo *Mauricio del camino real*. ¿Habeis catado esa casucha, allá abajo de la avenida?... Su padre se habia impuesto á levantarse dia con dia antes de salir el sol, y en los ochenta años que Dios le prestó de vida, nunca, nunca jamás faltó á su costumbre.

—Dispensad, respetable veterano, repuso Ricardo; pero tengo hambre, tengo sed, y me hariais un gran favor con man-

darme dar una pieza de caza y un poco de vino... ¡por mi fe! del de ayer: ¡qué rico estaba!... Mandad tambien ensillar nuestros caballos, pues tenemos mucho que andar antes de llegar á nuestro destino.

Ricardo partió de Blossac, y sin perder de la memoria á la gallarda castellana, recorrió todo el Poetú viajando siempre de incógnito.

Ocho dias después de lo que acabamos de referir, Ricardo entraba en la fortaleza de Château-Gaillard.<sup>1</sup> Retiróse á lo interior de ella, llamó á su aposento á su paje Eduardo, y después de una conversacion detenida con él, partió el mancebo á mata caballo con una encomienda ignorada....

Volvamos al castillo de Blossac.

Preséntase allí una jovencilla: introducéndola á la presencia de la castellana.

—¿Recomendada, decís, por una gran princesa? repite Yolanda; ¡y quién sale garante de la verdad de vuestra palabra?

—Aquí teneis, contesta la jóven sonrojándose: esto que veis son los documentos que me parece bastan para abonar mis palabras.

Diciendo así presenta á la castellana unos papeles con el sello de la casa reinante de Inglaterra.

—¿Cómo! ¿sois protegida por esa ilustre familia?

—Sí, señora...

—Niña, ¿sabeis cantar? Aquí cantamos nosotras todas las noches; y aunque me ha encargado mi abuelo que no tenga muchas confianzas con mis doncellas, les he permitido, porque son buenas y amables, que pasen sus noches conmigo....

—Señora, responde la forastera, por muy feliz me tendré con disfrutar de honor semejante.

—Pues vamos, os quedareis con nos-

<sup>1</sup> Castillo alegre.

otras. Dormireis en el torreoncillo del norte, que está inmediato á mis aposentos. Solo que cuando querais hablarne, mandareis primero llamar á Clorinda, que es una buena muchacha que me merece toda mi confianza y es la única que tiene el privilegio de dormir en mi aposento. Después no os colgueis hácia la parte de afuera para mirar por la ventana de la torre, pues el gobernador ha encargado terminantemente á los centinelas que ocupan la plataforma que vigilen á mis doncellas y le den una cuenta circunstanciada de sus acciones y palabras.

A poco de esto, la jóven recién llegada y equipada, habia sabido granjearse el cariño de sus compañeras á la vez que la benevolencia de su dueña.

Esta pretendida jóven, seguramente lo habrán acertado nuestros lectores, no era sino Eduardo, el paje de Ricardo: favorecido por la edad, por la delicadeza de sus facciones y la amabilidad de su mirar, poco trabajo habia tenido en disfrazarse para secundar mas eficazmente las miras de su señor.

Entre tanto, moríase Ricardo de impaciencia; pues diez dias habian trascurrido sin recibir noticia alguna del jóven. No le cabia duda de que hubiese sido admitido en el castillo, porque habia tenido aviso cierto de que la jóven castellana intentaba aumentar el número de sus doncellas, y por lo tocante al disfraz no podia menos de descansar en la sagacidad de Eduardo, para esto y para engañar la vigilancia del capitán, quien como buen hombre de guerra, habria mejor contrarestando con un batallón entero que no con un atolondrado disfrazado de camarera.

Una mañana, á tiempo que caia la lluvia á torrentes, azotando oblicuamente los cristales de divisiones de Château-Gaillard con aquella cascada que bañaba to-

da la campiña, fué introducido en la fortaleza un mensajero, el cual puso en manos del príncipe una esquila concebida en estos términos:

El caballero de Westburry está convidado á presentarse el miércoles en la media noche al pié de la torrecilla del castillo de....

Llevará algunos hombres decididos é inteligentes que le escolten.

E.

P. D. Provéase de un puente volante ligero y portátil.

En la hora, á pesar de lo copioso de la lluvia, da Ricardo sus órdenes, manda convocar diez caballeros á toda prueba y él y ellos parten.

Tres horas escasas llevaba el príncipe de haber salido de Château-Gaillard, cuando al volver hácia atrás la vista alcanzó á descubrir á Fanor, su fiel lebel, que venia en su alcance á carrera tendida. No le disgustó poco este incidente, pues bien conocia que para llevar felizmente á cabo la expedicion que proyectaba, era necesario no ya solo andar con sumo tiento, sino tambien mantener el mas escrupuloso silencio; empero, confiando en su buena estrella, halagó al noble animal con la mano.

—Con que, díjole, ¿te has huido de tu encierro? Norabuena, nos acompañarás.

Recorrieron pues los viandantes una vasta extension de país, parte boscosa, parte descampada, y el dia indicado en la misiva que habia recibido Ricardo, fué cuando llegaron á corta distancia del castillo de Blossac.

Dispuso el príncipe que tomasen descanso sus acompañantes, y hasta él propio, rendido de cansancio no pudo menos de hacer otro tanto. No obstante, Edgardo de Westburry, como queria que le llamaran, estaba desasosegado.